

Pues que sentenciado á muerte
Llega á mis piés? ¡Qué notable
Confusion! ¡Qué triste hado!
¡Qué suerte tan inconstante!
Éste es mi hijo, y las señas
Dicen bien con las señales
Del corazon, que por verlo
Llama al pecho y en él bate
Las alas, y no pudiendo
Romper los candados, hace
Lo que aquel que está encerrado,
Y oyendo ruido en la calle,
Se asoma por la ventana:
Él así, como no sabe
Lo que pasa, y oye el ruido,
Va á los ojos á asomarse,
Que son ventanas del pecho,
Por donde en lágrimas sale.
¿Qué he de hacer? (¡Valedme, cielos!)
¿Qué he de hacer? Porque llevarle
Al Rey, es llevarle (¡Ay triste!)
A morir. Pues ocultarle
Al Rey, no puedo, conforme
A la ley del homenaje.
De una parte el amor propio,
Y la lealtad de otra parte
Me rinden. Pero ¿qué dudo?
La lealtad al Rey, ¿no es ántes
Que la vida y que el honor?
Pues ella viva y él falte,
Fuera de que, si ahora atiendo
A que dijo que á vengarse
Viene de un agravio, hombre
Que está agraviado, es infame.
—No es mi hijo, no es mi hijo,
Ni tiene mi noble sangre.
Pero, si ya ha sucedido
Un peligro, de quien nadie
Se libró, porque el honor
Es de materia tan frágil,
Que con una accion se quiebra,
O se mancha con un aire:
¿Qué más puede hacer, qué más,

El que es noble, de su parte,
 Que á costa de tantos riesgos
 Haber venido á buscarle?
 Mi hijo es, mi sangre tiene,
 Pues tiene valor tan grande;
 Y así, entre una y otra duda,
 El medio más importante
 Es irme al Rey, y decirle
 Que es mi hijo y que le mate.
 Quizá la misma piedad
 De mi honor podrá obligarle;
 Y si le merezco vivo,
 Yo le ayudaré á vengarse
 De su agravio; mas si el Rey,
 En sus rigores constante,
 Le da muerte, morirá
 Sin saber que soy su padre.
 —Venid conmigo, extranjeros;
 No temais, no, de que os falte
 Compañía en las desdichas,
 Pues en duda semejante
 De vivir ó de morir,
 No sé cuáles son más grandes.

(A Rosaura y Clarín.)

(Vánse.)

Salon del Palacio Real en la córte.

ESCENA V

ASTOLFO y SOLDADOS, que salen por un lado, y por el otro LA INFANTA ESTRELLA y DAMAS. Música militar, dentro, y salvas.

ASTOLFO.

Bien, al ver los excelentes
 Rayos, que fueron cometas,
 Mezclan salvas diferentes
 Las cajas y las trompetas,
 Los pájaros y las fuentes;
 Siendo, con música igual,
 Y con maravilla suma,
 A tu vista celestial,
 Unos, clarines de pluma,
 Y otras, aves de metal;
 Y así os saludan, señora,
 Como á su reina las balas.

Los pájaros como Aurora,
 Las trompetas como á Pálas,
 Y las flores como á Flora;
 Porque sois, burlando el día
 Que ya la noche destierra,
 Aurora en el alegría,
 Flora en paz, Pálas en guerra,
 Y Reina en el alma mía.

ESTRELLA.

Si la voz se ha de medir
 Con las acciones humanas,
 Mal habeis hecho en decir
 Finezas tan cortesanas,
 Donde os pueda desmentir
 Todo ese marcial trofeo,
 Con quien ya atrevida lucho;
 Pues no dicen, según creo,
 Las lisonjas que os escucho,
 Con los rigores que veo.
 Y advertid que es baja acción,
 Que sólo á una fiera toca,
 Madre de engaño y traición,
 El halagar con la boca
 Y matar con la intención.

ASTOLFO.

Muy mal informada estais,
 Estrella, pues que la fé
 De mis finezas dudais,
 Y os suplico que me oigais
 La causa, á ver si la sé.
 Falleció Eustorgio Tercero,
 Rey de Polonia, y quedó
 Basilio por heredero,
 Y dos hijas, de quien yo
 Y vos nacimos.—No quiero
 Cansar con lo que no tiene
 Lugar aquí.—Clorilene,
 Vuestra madre y mi señora,
 Que en mejor imperio ahora
 Dosel de luceros tiene,
 Fué la mayor, de quien vos

Sois hija; fué la segunda,
 Madre y tia de los dos,
 La gallarda Recisunda,
 Que guarde mil años Dios;
 Casó en Moscovia, de quien
 Nací yo. Volver ahora
 Al otro principio es bien.
 Basilio, que ya, señora,
 Se rinde al comun desden
 Del tiempo, más inclinado
 A los estudios, que dado
 A mujeres, enviudó
 Sin hijos; y vos y yo
 Aspiramos á este Estado.
 Vos alegais que habeis sido
 Hija de hermana mayor;
 Yo, que varon he nacido,
 Y aunque de hermana menor,
 Os debo ser preferido.
 Vuestra intencion y la mia
 A nuestro tio contamos:
 Él respondió que queria
 Componernos, y aplazamos
 Este puesto y este dia.
 Con esta intencion salí
 De Moscovia y de su tierra,
 Con esta llegué hasta aquí,
 En vez de haceros yo guerra,
 A que me la hagais á mí.
 ¡Oh! quiera amor, sabio Dios,
 Que el vulgo, astrólogo cierto,
 Hoy lo sea con los dos,
 Y que pare este concierto
 En que seais Reina vos,
 Pero Reina en mi albedrío,
 Dándoos, para más honor,
 Su corona nuestro tio,
 Sus triunfos vuestro valor,
 Y su imperio el amor mio.

ESTRELLA.

A tan cortés bazarria
 Méenos mi pecho no muestra,

Pues la imperial monarquía,
 Para sólo hacerla vuestra
 Me holgára que fuera mia;
 Aunque no está satisfecho
 Mi amor de que sois ingrato,
 Si en cuanto decís, sospecho
 Que os desmiente ese retrato
 Que está pendiente del pecho.

ASTOLFO.

Satisfaceros intento
 Con él... Mas lugar no da
 Tanto sonoro instrumento,
 Que avisa que sale ya
 El Rey con su Parlamento.

(Tocan cajas.)

ESCENA VI

EL REY BASILIO. ACOMPAÑAMIENTO. ASTOLFO. ESTRELLA. DAMAS. SOLDADOS.

ESTRELLA.

Sabio Táles...

ASTOLFO.

Docto Euclides...

ESTRELLA.

Que entre signos...

ASTOLFO.

Que entre estrellas...

ESTRELLA.

Hoy gobiernas...

ASTOLFO.

Hoy resides...

ESTRELLA.

Y sus caminos...

ASTOLFO.

Sus huellas...

ESTRELLA.

Describe...

ASTOLFO.

Tasas y mides...

LA VIDA ES SUEÑO.

ESTRELLA.

Deja que en humildes lazos...

ASTOLFO.

Deja que en tiernos abrazos...

ESTRELLA.

Hiedra dese tronco sea.

ASTOLFO.

Rendido á tus piés me vea.

BASILIO.

Sobrinos, dadme los brazos,
 Y creed, pues que leales
 A mi precepto amoroso,
 Venís con afectos tales,
 Que á nadie deje quejoso
 Y los dos quedeis iguales;
 Y así, cuando me confieso
 Rendido al prolijo peso,
 Sólo os pido en la ocasion
 Silencio, que admiracion
 Ha de pedirla el suceso.
 Ya sabeis (estadme atentos,
 Amados sobrinos míos,
 Córte ilustre de Polonia,
 Vasallos, deudos y amigos),
 Ya sabeis que yo en el mundo
 Por mi ciencia he merecido
 El sobrenombre de docto,
 Pues, contra el tiempo y olvido,
 Los pinceles de Timántes,
 Los mármoles de Lisipo,
 En el ámbito del orbe
 Me aclaman el gran Basilio.
 Ya sabeis que son las ciencias
 Que más curso y más estimo,
 Matemáticas sutiles,
 Por quien al tiempo le quito,
 Por quien á la fama rompo
 La jurisdicción y oficio
 De enseñar más cada día;
 Pues, cuando en mis tablas miro

Presentes las novedades
De los venideros siglos,
Le gano al tiempo las gracias
De contar lo que yo he dicho.
Esos círculos de nieve,
Esos doseles de vidrio,
Que el sol ilumina á rayos,
Que parte la luna á giros;
Esos orbes de diamante,
Esos globos cristalinos,
Que las estrellas adornan
Y en que campean los signos,
Son el estudio mayor
De mis años, son los libros
Donde, en papel de diamante,
En cuadernos de zafiro,
Escribe con líneas de oro,
En caracteres distintos,
El cielo nuestros sucesos,
Ya adversos ó ya benignos.
Estos leo tan veloz,
Que con mi espíritu sigo
Sus rápidos movimientos
Por rumbos y por caminos.
¡Pluguiera al cielo, primero
Que mi ingenio hubiera sido
De sus márgenes comento
Y de sus hojas registro,
Hubiera sido mi vida
El primero desperdicio
De sus iras, y que en ellas
Mi tragedia hubiera sido,
Porque de los infelices
Aun el mérito es cuchillo,
Que á quien le daña el saber,
Homicida es de sí mismo!
Dígalo yo, aunque mejor
Lo dirán sucesos míos,
Para cuya admiración
Otra vez silencio os pido.
En Clorilene, mi esposa,
Tuve un infelice hijo,
En cuyo parto los cielos

Se agotaron de prodigios.
Antes que á la luz hermosa
Le diese el sepulcro vivo
De un vientre (porque el nacer
Y el morir son parecidos)
Su madre infinitas veces,
Entre ideas y delirios
Del sueño, vió que rompía
Sus entrañas, atrevido,
Un mónstruo en forma de hombre;
Y entre su sangre teñido,
La daba muerte, naciendo
Víbora humana del siglo.
Llegó de su parto el dia,
Y los presagios cumplidos
(Porque tarde ó nunca son
Mentirosos los impíos),
Nació en horóscopo tal,
Que el sol, en su sangre tinto,
Entraba sañudamente
Con la luna en desafío;
Y siendo valla la tierra,
Los dos faroles divinos
A luz entera luchaban,
Ya que no á brazo partido.
El mayor, el más horrendo
Eclipse que ha padecido
El sol, despues que con sangre
Lloró la muerte de Cristo,
Este fué, porque anegado
El orbe en incendios vivos,
Presumió que padecia
El último parasismo:
Los cielos se oscurecieron,
Temblaron los edificios,
Llovieron piedras las nubes,
Corrieron sangre los rios.
En aqueste, pues, del sol,
Ya frenesí ó ya delirio,
Nació Segismundo, dando
De su condicion indicios,
Pues dió la muerte á su madre,
Con cuya fiereza dijo:

—«Hombre soy, pues que ya empiezo
A pagar mal beneficios.»
—Yo, acudiendo á mis estudios,
En ellos y en todo miro
Que Segismundo sería
El hombre más atrevido,
El príncipe más cruel
Y el monarca más impío,
Por quien su reino vendria
A ser parcial y diviso,
Escuela de las traiciones
Y academia de los vicios;
Y él, de su furor llevado,
Entre asombros y delitos,
Habia de poner en mí
Las plantas; y yo rendido
A sus piés me habia de ver
(¡Con qué vergüenza lo digo!),
Siendo alfombra de sus plantas
Las canas del rostro mio.
¿Quién no da crédito al daño,
Y más al daño que ha visto
En su estudio, donde hace
El amor propio su oficio?
Pues, dando crédito yo
A los hados que, adivinos,
Me pronosticaban daños
En fatales vaticinios,
Determiné de encerrar
La fiera que habia nacido,
Por ver si el sabio tenia
En las estrellas dominio.
Publicóse que el infante
Nació muerto; y, prevenido,
Hice labrar una torre
Entre las peñas y riscos
De esos montes, donde apénas
La luz ha hallado camino,
Por defenderle la entrada
Sus rústicos obeliscos.
Las graves penas y leyes
Que, con públicos edictos,
Declararon que ninguno